

obispo del Cuzco, y á Hernando de Aldama, un buen soldado, y Don Martinillo lengua, que fuesen á hablar á Atabalipa y á requerirle de parte de Dios y del Rey se sujetase á la ley de nuestro Señor Jesucristo y al servicio de S. M., y que el Marqués le tendria en lugar de hermano, y no consentiria le hiciesen enojo ni daño en su tierra. Pues llegado que fué el Padre á las andas donde Atabalipa venia, le habló y le dijo á lo que iba, y le predicó cosas de nuestra santa fé, declarándoselas la lengua. Llevaba el padre un breviario en las manos donde leía lo que predicaba: el Atabalipa se le pidió, y él cerrado se lo dió; y como le tuvo en las manos y no supo abrille, arrojole al suelo: llamó al Aldama que se llegase á él y le diese la espada, y el Aldama la sacó y se la mostró, pero no se la quiso dar. Pues oido esto el padre se volvió, y contó al Marqués lo que habia pasado; y el Atabalipa entró en la plaza con todo su trono que traía, y el Señor de Chíncha tras dél. Desque hobieron entrado y vieron que no parecia español ninguno, preguntó á sus capitanes, donde estan estos cristianos que no parescen: ellos le dijeron: Señor, estan escondidos de miedo. Pues visto el Marqués Don Francisco Pizarro las dos andas, no conociendo cual era la de Atabalipa, mandó á Juan Pizarro su hermano fuese con los peones que tenia á la una, y él iria á la otra. Pues mandado esto, hicieron la seña al Candía, el cual soltó el tiro, y en soltando tocaron las trompetas y salieron los de á caballo de tropel, y el Marqués con los de á pié, como está dicho, tras dellos, de manera que con el estruendo del tiro y las trompetas y tropel de los caballos, con los cascabeles, los indios se embarazaron y se cortaron; los españoles dieron en ellos

empezaron á matar, y fué tanto el miedo que los indios hobieron, que por huir, no pudiendo salir por la puerta, derribaron un lienzo de una pared de la cerca de la plaza de largo de mas de dos mil pasos, y de alto de mas de un estado: los de á caballo fueron en su seguimiento hasta los baños, donde hicieron grande estrago, y hiciesen mas sinó les anochesciera. Pues volviendo á D. Francisco Pizarro y á su hermano, salieron como estaba dicho, con la gente de á pié, el Marqués fué á dar con las andas de Atabalipa, y el hermano con el Señor de Chíncha, al cual mataron allí en las andas, y lo mismo fuera de Atabalipa si no se hallara el Marqués allí, porque no podian derriballe de las andas, que aunque mataban los indios que las tenian, se metian luego otros de refresco á sustentallas, y desta manera estubieron un gran rato forcejando y matando indios, y de cansados un español tiró una cuchillada para matallo, y el Marqués D. Francisco Pizarro se la reparó, y del reparo le hirió en la mano al Marqués el español, queriendo dar al Atabalipa; á cuya causa el Marqués dió voces diciendo: nadie hiera al indio sopena de la vida: entendido esto agujaron siete ó ocho españoles y asieron de un borde de las andas, y haciendo fuerzas las trastornaron á un lado, y así fué preso el Atabalipa, y el Marqués le llevó á su aposento, y allí le puso guardas que le guardaban de dia y de noche. Pues venida la noche los españoles se recogieron todos y dieron muchas gracias á nuestro Señor por las mercedes que los habia hecho, y muy contentos en tener preso al Señor porque á no prendelle no se ganara la tierra como se ganó.

*Carta de Hernando Pizarro, ap. Oviedo, Historia General de las Indias, MS., lib. 46, cap. 15.*¹⁴

Venia en unas handas, e adelante de él hasta trescientos ó cuatrocientos Indios con camisetas de librea limpiando las pajas del camino, é cantando, é el en medio de la otra gente que eran caciques é principales, é los mas principales caciques le traian en los hombros; é entrando en la plaza subieron doce ó quince Indios en una fortaleza que allí estaba, é tomaronla a manera de posesion con bandera puesta en una lanza: entrando hasta la mitad de la plaza reparó allí é salió un fraile Domínico que estaba con el Gobernador a hablarle de su parte, qué el Gobernador le esperaba en su aposento; que le fuese á hablar, é dijole como era Sacerdote, é que era embiado por el Emperador para que le enseñase las cosas de la fe si quisiesen ser cristianos, é mostróles un libro que llevaba en las manos, é dijole que aquel libro era de las cosas de Dios, é el Atabalpa pidió el libro, é arroja en el suelo é dijo: Yo no pasaré de aquí hasta que me deis todo lo que habeis tomado en mi tierra, que yo bien se quien sois vosotros, y en lo que andais: é levántose en las andas, é habló á su gente, é obo murmullo entre ellos llamando á la gente que tenian las armas: é el Frayle fué al Gobernador é dijole que que hacia, que ya no estaba la cosa en tiempo de esperar mas: el Gobernador me lo embió á decir: yo tenia concertado con el Capitan de la artillería, que ha-

¹⁴ La carta de Hernando Pizarro la publicó el Sr. Quintana en sus Españoles Célebres, (apénd. 5^o á la vida de Pizarro.) como ya dijimos. El pasage citado por el autor se ha cotejado con el que se halla en aquella obra sin encontrar diferencia alguna.

ciéndole la seña disparasen los tiros, é con la gente que oyendolos saliesen todos á un tiempo; é como asi se hizo é como los Indios estaban sin armas fueron desbaratados sin peligro de ningun cristiano. Los que traian las andas, é los caciques que venian al rededor del, nunca lo desampararon hasta que todos murieron alrededor del: el Gobernador salió é tomó á Atabalipa, é por defenderle le dió un cristiano una cuchillada en la mano. La gente siguió el alcance hasta donde estaban los Indios con armas; no se halló en ellos resistencia alguna, porque ya era noche recogieronse todos al Pueblo donde el Gobernador quedaba.

Núm. 9.—Véase tom. I. pag. 514.

NOTICIA DE LAS COSTUMBRES PRIVADAS DE ATAHUALPA. SACADA DEL MS. DE PEDRO PIZARRO.

[Esta minuciosa descripcion de la persona y costumbres del Inca cuatavo es de la mayor autenticidad, por ser, como es, de uno que pudo verlo todo perfectamente por sí mismo durante la prision del monarca. El MS. de Pizarro es uno de los que han dado ultimamente á luz los eruditos academicos Salvá y Baranda.]

Este Atabalipa ya dicho era Indio bien dispuesto, de buena persona, de medianas carnes, no grueso demasiado, hermoso de rostro y grave en él, los ojos encarnizados, muy temido de los suyos. Acuérdomé que el señor de Guailas le pidió licencia para ir á ver su tierra y se la dió dándole tiempo en que fuese y viniese limitado. Tardóse algo mas y cuando volvió, estando yo presente, llegó con un presente de fruta de la tierra, y llegado que fué á su presencia empezó á temblar en tanta manera que no se podia tener en los pies. El Atabalipa alzó la cabeza un poquito y sonriéndose le hizo seña

que se fuese. Cuando le sacaron á matar todo la gente que habia en la plaza de los naturales, que habia harto, se postraron por tierra dejándose caer en el suelo como borrachos.

Este indio se servia de sus mugeres por la órden que tengo ya dicha, sirviéndole una hermana diez dias ó ocho con mucha cantidad de hijas de Señores que á estas hermanas servian, mudándose de ocho á ocho dias. Estas estaban siempre con él para serville, que indio no entraba donde él estaba. Tenia muchos caciques consigo: estos estaban afuera en un patio, y en llamando alguno entraba descalzo á donde el estaba, y se venia de fuera parte, habia de entrar descalzo y cargado con una carga; y cuando su capitan Challicuchima vino con Hernando Pizarro y le entró á ver, entró así como digo con una carga y descalzo y se echó en sus pies, y llorando se los besó. El Atabalipa con rostro sereno le dijo: seas bien venido allí Challicuchima, queriendo decir: seas bien venido Challicuchima. Este indio se ponía en la cabeza unos llautos que son unas trenzas hechas de lana de colores, de grosor de medio dedo y de anchor de uno, hecho desta manera de corena, y no con puntas, sino redonda, de anchor de una mano, que encajaba en la cabeza, y en la frente una borla cosida en este llauto, de anchor de una mano, poco mas, de lana muy fina de grana, cortada muy igual, metida por unos cañutitos de oro muy sotilmente hasta la mitad: esta lana era hilada y de los cañutos abajo destorcida, que era lo que caía en la frente, que los cañutillos de oro era cuanto tomaban todo el llauto ya dicho. Caíale esta borla hasta encima de las cejas, de un dedo de grosor, que le to-

maba toda la frente; y todos estos Señores andaban trasquilados y los orejones como á sobre peine. Vestían ropa muy delgada y muy blanda ellos y sus hermanas que tenian por mugeres, y sus deudos, orejones principales, que se la daban los señores, y todos los demas vestían ropa basta. Poniáse este Señor la manta por encima de la Cabeza y atábasela debajo de la barba, tapándose las orejas: esto traía él por tapar una oreja que tenia rompida, que cuando le prendieron los de Guascar se la quebraron. Vestíase este señor ropas muy delicadas. Estando un dia comiendo, questas señoras ya dichas le llevaban la comida y se la ponian delante en unos juncos verdes muy delgados y pequeños, estaba sentado este señor en un duo de madera de altor de poco mas de un palmo; este duo era de madera colorada muy linda, y tenianle siempre tapado con una manta muy delgada, aunque estuviese él sentado en él. Estos juncos ya dichos le tendian siempre delante cuando queria comer, y allí le ponian todos los manjares en oro, plata y barro, y el que á él apetescia señalaba se lo trujesen, y tomándolo una señora destas dichas se lo tenia en la mano mientras comia. Pues estando un dia desta manera comiendo y yo presente, llevando una tajada del manjar á la boca, le cayó una gota en el vestido que tenia puesto, y dando de mano á la india se levantó y se entró en su aposento á vestir otro vestido, y vuelto sacó vestido una camiseta y una manta pardo oscuro. Llegándome yo pues á él le tenté la manta que era mas blanda que seda, y díjele: ¿Inga de qué es este vestido tan blando? El me dijo, es de unos pájaros que andan de noche en Puerto Viejo y en

Tumbez, que muerden á los indios. Venido aclararse dijo, que era de pelo de murciélagos. Diciéndole ¿que de dónde se podía juntar tanto murciélagos? dijo: aquellos perros de Tumbez y Puerto Viejo, ¿que habian de hacer sino tomar destos para hacer ropa á mi padre? Y es ansi que estos murciélagos deaquellas partes muerden de noche á los indios y á españoles y caballos, y sacan tanta sangre ques cosa de misterio, y así se averiguó ser este vestido de lana de murciélagos, y ansi era la color como dellos el vestido, que en Puerto Viejo y en Tumbez y sus comarcas hay gran cantidad dellos. Pues aconteció un dia que viniéndose á quejar un indio que un español tomaba unos vestidos de Atabalipa; el Marqués me mandó fuese yo á saber quien era, y llamar al español para castigallo. El indio me llevó á un buhío donde habia gran cantidad de petacas, porquel español ya era ido, diciendome que de allí habia tomado un vestido del Señor. é yo preguntándole que que tenían aquellas petacas, me mostró algunas en que tenían todo aquello que Atabalipa habia tocado con las manos *y habia estado de pies*,¹⁵ y vestidos que él habia desechado; en una los junquillos que le echaban delante á los pies cuando comia; en otras los huesos de las carnes ó aves que comia, que él habia tocado con las manos; en otras los maslos de las

15 La frase subrayada no se encuentra en la Coleccion de Documentos inéditos citada arriba. Esta es la única variante que he hallado en todos los documentos incluso en este Apéndice que he tenido proporcion de cotejar con otras copias, y es toda la mejor idea de la exactitud de las que fueron enviadas al autor: circunstancia que realza el mérito de su preciosísima coleccion de manuscritos.

mazorcas de maiz que habia tomado en sus manos; en otras la ropa que habia desechado: finalmente todo aquello que él habia tocado. Preguntele: ¿que para que tenia aquello allí? respondiéronme que para quemallo porque cada año quemaban todo esto, porque lo que tocaban los Señores que eran hijos del Sol, se habia de quemar y hacer ceniza y echallo por el aire, que nadie habia de tocar á ello; y en guarda de esto estaba un principal con indios que lo guardaba y recogia de las mugeres que le servian. Estos señores dormian en el suelo en unos colchones grandes de algodón: tenían unas fresadas grandes de lana con que se cubijaban; y no he visto en todo este Pirú indio semejante á este Atabalipa ni de su ferocidad ni autoridad.

Núm. 10.—Véase tom. I. pag. 553.

RELACIONES CONTEMPORANEAS DE LA EJECUCION DE ATAHUALLLPA.

[Las relaciones que siguen de la ejecucion del Inca son todas de testigos presenciales, pues aunque Oviedo no se halló presente, recogió sus noticias de los que se hallaron. Inserto aquí estos trozos por considerarlos las mejores ilustraciones para mi relato de esta lastimosa tragedia.]

Pedro Pizarro, Descubrimiento y Conquista de los Reynos del Peru, MS.

Acordaron pues los oficiales y Almagro que Atabalipa muriese, tratando entre sí que muerto Atabalipa se acababa el auto hecho acerca del tesoro. Pues dijeron al Marques Don Francisco Pizarro que no convenia que Atabalipa viviese porque si se soltaba S. M. perderia la tierra y todos los Españoles serian muertos,

y á la verdad si esto no fuera tratado con malicia como está dicho, tenían razon porque era imposible soltándole poder ganar la tierra. Pues el Marqués no quiso venir en ello. Visto esto los oficiales hicieronle muchos requerimientos poniéndole el servicio de S. M. por delante. Pues estando así atravesóse un demonio de una lengua que se decia Felipillo, uno de los muchachos que el Marqués habia llevado á España, que al presente era lengua y andaba enamorado de una muger de Atabalipa, y por habella hizo entender al Marqués que Atabalipa hacia gran junta de gente para matar los españoles en Caxas. Pues sabido el Marqués esto prendió á Chalicuchina que estaba suelto y preguntándole por esta gente que decia la lengua se juntaban, aunque negaba y decia que no, el Felipillo decia á la contra trastornando las palabras que decian á quien se preguntaba este caso. Pues el Marqués Don Francisco Pizarro acordó enviar á Soto á Caxas á saber si se hacia alli alguna junta de gente porque cierto el Marqués no quisiera matalle. Pues visto Almagro y los oficiales la ida de Soto, apretaron al Marqués con muchos requerimientos; y la lengua por su parte que ayudaba con sus retruecos, vinieron á convencer al Marqués que muriese Atabalipa, porque el Marqués era muy celoso del servicio de S. M., y ansi le hicieron temer, y contra su voluntad sentenció á muerte á Atabalipa mandando le diesen garrote, y despues de muerto le quemasen porque tenia las hermanas por mugeres. Cierta pocas leyes habian leido estos señores ni entendido, pues al infiel sin haber sido predicado le daban esta sentencia. Pues el

habria indio en la tierra que se menease sin su mandado, y que preso le tenían ¿que de qué temian? y que si lo hacian por oro ó plata, que él daría dos tantos de lo que habia mandado. Yo vide llorar al Marqués de pesar por no podelle dar la vida porque cierto temió los requerimientos y el riesgo que habia en la tierra si se soltaba. Este Atabalipa habia hecho entender á sus mugeres é indios que si no le quemaban el cuerpo, aunque le matasen habia de volver á ellos, que el Sol su padre le resucitaria. Pues sacándole á dar garrote á la plaza el Padre Fray Vicente de Valverde ya dicho le predicó diciéndole se tornase cristiano, y él dijo que si él se tornaba cristiano, si le quemarian, y dijéronle que no, y dijo que pues no le habian de quemar que queria ser bautizado, y ansi Fray Vicente le bautizó y le dieron garrote, y otro día le enterraron en la iglesia que en Caxamalca teníamos los españoles. Esto se hizo antes que Soto volviesse á dar aviso de lo que le era mandado; y cuando vino trujo por nueva no haber visto nada ni haber nada, de que al marques le pesó mucho de habelle muerto, y al Soto mucho mas, porque decia el, y tenia razon, que mejor fuera envialle á España, y que el se obligara á ponello en la mar: y cierto esto fuera lo mejor que con este indio se pudiera hacer, porque quedar en la tierra no convenia: tambien se entendió que no viviera muchos días, aunque le enviara, porque él era muy regalado y muy señor.

Relacion del primer Descubrimiento de la Costa y Mar del Sur, MS.

Dando forma como se llevaria á Atabalipa de cami-

no, y qué guardia se le pondría, y consultando y tratando si seríamos parte para defenderle en aquellos malos pasos y rios si nos le quisiesen tomar los suyos: comenzó á decir y á certificar entre los indios, que él mandaba venir grande multitud de gente sobre nosotros: esta nueva se fué encendiendo tanto, que se tomó informacion de muchos señores de la tierra, que todos á una dijeron que era verdad, que él mandaba venir sobre nosotros para que le salvarsen, y nos matasen si pudiesen, y que estaba toda la gente en cierta provincia ayuntada que ya venia de camino. Tomada esta informacion, juntáronse el dicho gobernador, y Almagro, y los Oficiales de Su Mag. no estando ahí Hernando Pizarro, porque ya era partido para España con alguna parte del quinto de Su Mag. á darle noticia y nueva de lo acaecido; y resumiéronse, aunque contra voluntad del dicho gobernador, que nunca estuvo bien en ello que Atabalipa, pues quebrantaba la paz, y queria hacer traicion y traer gentes para matar los cristianos, muriese, porque con su muerte cesaria todo, y allanaria la tierra: á lo cual hubo contrarios pareceres, y las mas de la gente se puso en defender que no muriese; al cabo insistiendo mucho en su muerte el dicho capitán Almagro, y dando muchas razones porqué debía morir, el fué muerto, aunque para él no fué muerte, sino vida, porque murió cristiano, y es de creer que se fué al cielo. Publicado por toda la tierra su muerte, la gente comun, y de pueblos venian donde el dicho gobernador estaba á dar la obediencia á Su Mag.; pero los capitanes y gente de guerra que estaban en Xauxa y en el Cuzco antes se rehicieron, y no quisieron venir de paz

Aquí acaeció la cosa mas estraña que se ha visto en el mundo, que yo ví por mis ojos, y fué, que estando en la iglesia cantando los oficios de difuntos á Atabalipa, presente el cuerpo, llegaron ciertas señoras hermanas y mugeres suyas, y otros privados con grand estruendo, tal que impidieron el oficio, y dijeron que les hiciesen aquella fiesta muy mayor, porque era costumbre cuando el grand señor moria, que todos aquellos que bien le querian, se enterrasen vivos con él: á los cuales se les respondió, que Atabalipa habia muerto como cristiano, y como tal le hacian aquel oficio, que no se habia de hacer lo que ellos pedian, que era muy mal hecho y contra cristiandad; que se fuesen de allí y no les estorbasen, y se le dejasen enterrar, y así se fueron á sus aposentos, y se ahorcaron todos ellos y ellos.¹⁶ Las cosas que pasaron en estos dias, y los estremos y llantos de la gente son muy largas y prolijas, y por eso no se dirán aquí.

Oviedo, *Historia General de las Indias*, MS., lib. 46, cap. 22.

Cuando el Marqués D. Francisco Pizarro tubo preso al gran rey Atabaliva le aconsejaron hombres faltos de entendimiento, que le matase, ó el obo gana, porque como se vieron cargados de oro parecióles que muerto aquel señor lo podian poner mas á su salvo en España donde quisiesen, é dejando la tierra, y que así mismo serian mas parte para se sustener en ella sin aquel escrupuloso impedimento, que no conservándose la vida de un príncipe tan grande, é tan temido é acatado de sus naturales, y en todas aquellas partes: é la experiencia

¹⁶ Ellas.

ha demostrado cuan mal acordado é peor fecho fué todo lo que contra Atabaliva se hizo despues de su prision en le quitar la vida, con la cual demas de deservirse Dios quitaron al Emperador nuestro señor, é á los mismos Españoles que en aquellas partes se hallaron, y á los que en España quedaron, que entonces vivian y á los que agora viven é nacerán innumerables tesoros que aquel Príncipe les diera; é ninguno de sus vasallos se moviera ni alterara como se alteraron é revelaron en faltando su Persona. Notorio es que el gobernador le aseguró la vida, y sin que se le diese tal seguro el se le tenia, pues ningun capitán puede disponer sin licencia de su Rey y Señor de la Persona del Príncipe que tiene preso, cuyo es de derecho, quanto mas que Atabaliva dijo al Marques, que si algun Cristiano matasen los Indios, ó le hiciesen el menor daño del mundo, que creyese que por su mandado lo hacia, y que cuando eso fuese le matase ó hiciese del lo que quisiese; é que tratandole bien él le chaparía las paredes de plata, é le allanaría las sierras é les montes, é le daría á él, é á los Cristianos quanto oro quisiesen, é que desto no tubiese duda alguna; y en pago de sus ofrecimientos encendidas pajas se las ponian en los piés ardiendo, porque digese que traicion era la que tenia ordenada contra los Cristianos, é inventando é fabricando contra él falsedades, le levantaron que los queria matar, é todo aquello fué rodeado por malos é por la inadvertencia é mal consejo del Gobernador, é comenzaron á le hacer proceso mal compuesto y peor escrito, seyendo uno de los Adalides un inquieto, desasegado é deshonesto Clérigo, y un Escribano falto de conciencia, é de mala habilidad, y otros tales que en la

madad concurrieron, é asi mal fundado el libelo se concijó á basor de dañados paladares, como se dijo en el capítulo catorce, no acordándose que les habian enchido las casas de oro é plata, é le habian tomado sus mugeres é repartídotas en su presencia é usaban de ellas en sus adulterios, ó en lo que les placia á aquellos á quien las dieron: y como les pareció á los culpados que tales ofensas no eran de olvidar, é que merecian que el Atabaliva les diese la recompensa como sus obras eran, asentoseles en el ánimo un temor é enemistad con él entrañable; é por salir de tal cuidado é sospecha le ordenaron la muerte por aquello que él no hizo ni pensó; y de ver aquesto algunos Españoles comedidos á quien pesaba que tan grande deservicio se hiciese á Dios y al Emperador nuestro Señor; y aunque tan grande ingratitud se perpetraba é tan señalada maldad se cometia como matar á un Príncipe tan grande sin culpa. E viendo que le traian á colacion sus delitos é crueldades pasadas, que él habia usado entre sus Indios y enemigos en el tiempo pasado, de lo cual ninguno era juez, sino Dios; queriendo saber la verdad é por excusar tan notorios daños como se esperaban que habian de proceder matando á aquel señor se ofrecieron cinco hidalgos de ir en persona á saber y ver si venia aquella gente de guerra que los falsos inventores é sus mentirosas espías publicaban, á dar en los cristianos; en fin el gobernador (que tambien se puede creer que era engañado) lo obo por bien; é fueron el capitán Hernando de Soto, el capitán Rodrigo Orgaiz, é Pedro Ortiz, é Miguel de Estete, é Lope Velez á ver esos enemigos que decian que venian; é el gobernador les dió una guia ó espía que decia que sabia

donde estaban; é á dos dias de camino se despeño la guía de un risco, que lo supo muy bien hacer el Diabo para que el daño fuese mayor; pero aquellos cinco de caballo que he dicho pasaron adelante hasta que llegaron al lugar donde se decian que habian de hallar el ejército contrario, é no hallaron hombre de guerra, ni con armas algunas, sino todos de paz; é aunque no iban sino esos pocos cristianos que es dicho les hicieron mucha fiesta por donde andubieron, é les dieron todo lo que les pidieron de lo que tenían para ellos é sus criados, é Indios de servicio que llevaban; por manera que viendo que era burla, é muy notoria mentira é falsedad palpable, se tonaron á Catjamalca donde el gobernador estaba; el cuál ya habia fecho morir al Príncipe Atabaliva se ¹⁷ que la historia lo ha contado; é como llegaron al gobernador hallaronle mostrando mucho sentimiento con un gran sombrero de fieltro puesto en la cabeza por luto é muy calado, sobre los ojos, é le digeron Señor muy mal lo ha fecho V. S^a, y fuera justo que fuéramos atendidos para que supierades que es muy gran traicion la que se levantó á Atabaliva, porque ningún hombre de guerra hay en el campo, ni le hallamos, sino todo de paz, é muy buen tratamiento que no se nos hizo en todo lo que habemos andado. El gobernador respondió é les dijo: Ya veo que me han engañado: desde á pocos dias sabida esta verdad, é murmurándose de la crueldad que con aquel Príncipe se usó, vinieron á malas palabras el gobernador y Fray Vicente de Valverde, y el tesorero Requelme, é á cada uno de ellos decia que el otro lo habia fecho; é se desmintieron

17 Segun.

unos á otros muchas veces, oyendo muchos su rencilla.

Núm. 11.—Véase tom. I. pag. 633.

CONVENIO ENTRE PIZARRO Y ALMAGRO, MS., CELEBRADO EN EL CUZCO A 12 DE JUNIO DE 1535.

[Este convenio entre los dos famosos capitanes, en que se comprometen con juramentos solemnes á observar lo que parecian exigir los principios mas communes de honor y de buena fé caracteriza de masiado á los hombres y al siglo para que yo lo omita. El original se guarda en el archivo de Simancas].

Nos Don Francisco Pizarro, Adelantado, Capitan General y Gobernador por S. M. en estos Reynos de la Nueva Castilla, é D Diego de Almagro, asimismo Gobernador por S. M. en la provincia de Toledo, decimos: que por mediante la intima amistad y compañia que entre nosotros con tanto amor ha permanecido, y queriendolo Dios Nuestro Señor hacer, ha sido parte y causa que el Emperador é Rey Nuestro Señor haya recebido señalados servicios con la conquista, sujecion é poblacion destas provincias y tierras, é atrayendo á la conversion y camino de nuestra Santa Fee Católica tanta muchedumbre de infieles, é confiando S. M. que durante nuestra amistad y compañia su real patrimonio será acrecentado, é asi por tener este intento como por los servicios pasados S. M. Católica tubo por bien de conceder á mí el dicho Don Francisco Pizarro la governacion de estos nuevos Reynos, y á mí el dicho Don Diego de Almagro la governacion de la provincia de Toledo, de las quales mercedes que de su Real liberalidad hemos recebido, resulta tan nueva obligacion, que perpetuamente nuestras vidas y